

Amedeo Cencini

Vivir Reconciliados

Aspectos psicológicos



Presentación

Vivir reconciliados, Aspectos psicológicos es el segundo volumen de la colección “Psicología e formazione”* iniciada en septiembre de 1985 con el libro *Psicologia e formazione. Strutture e dinamismi*.

Como lo indica el título de la colección, hay dos objetivos que se proponen: ofrecer algunas ideas para comprender el sentido de nuestro ser y de nuestro hacer, a fin de ayudar al lector a crecer como hombre total en relación con todas las dimensiones de las que se compone su psicología. Relacionar los términos “psicología y formación” significa querer analizar los dinamismos psíquicos, ponerlos en relación entre sí, indagar sus orígenes para, después, emprender un camino de crecimiento y cambio.

* AMADEO CENCINI - ALESSANDRO MANENTI, *Psicología y formación. Estructuras y dinamismo*, Paulinas, México.

AMADEO CENCINI, *Vivir reconciliados. Aspectos psicológicos*, Paulinas, Argentina.

AMADEO CENCINI, *Amarás al Señor tu Dios. Psicología del encuentro con Dios*, Paulinas, Argentina.

PAUL C. VITZ, *Psicologia e culto di sé. Studio Critico*, Ed. Dehoniane, Bologna.

ALESSANDRO MANENTI, *Vocación, Psicología y gracia. La vida religiosa, fiel a Dios y al hombre*, Paulinas, Colombia.

GIUSEPPE SOVERNICO, *Religione e persona. Psicología dell'esperanza religiosa*, Ed. Dehoniane, Bologna.

ALESSANDRO MANENTI, *Vivere gli ideali: fra paura e desiderio/1*, Ed. Dehoniane, Bologna.

ALESSANDRO MANENTI, *Vivir en comunidad. Aspectos psicológicos*, Sal Terrae, España.

Si en el primer volumen se ha subrayado el término “psicología”, realizando un discurso sistemático y articulado sobre las estructuras que sustentan la psiquis humana, en esta segunda publicación se subraya el término “formación”: es decir, ayudar a la persona a crecer de un modo coherente y unitario, que respete los dinamismos psíquicos básicos.

Sobre este tema, A. Cencini se centra sobre un aspecto: qué sucede cuando en el proceso evolutivo la persona se da contra el límite —cosa normal e inevitable—; esto es, contra todo lo que hace resaltar aquella realidad de debilidad que espontáneamente se tiende a ignorar. El hombre, de hecho, no es omnipotente, ilimitado o absoluto. En el fondo, la elocuente lección del dinosaurio es que si cierta grandeza es buena, una superabundancia de grandeza no necesariamente es mejor.

Cencini ha escogido el tema del límite porque en su trabajo psicoterapéutico resulta ser uno de los puntos cruciales en el camino del crecimiento del hombre. La cultura narcisista actual lo confirma abundantemente. En una lógica basada sobre la equivalencia de vivir = aumentar y crecer uno mismo, el límite se convierte en una amenaza a la conservación de la propia estima más que en la ocasión de un compromiso renovado. Los intentos de negarlo no son completamente eficaces, dado que la otra cara del narcisismo es la depresión y el temor del fracaso.

En el libro se ha querido prescindir de un lenguaje técnico porque en la intención del autor el destina-

rio no es solamente el psicólogo clínico, ni el paciente que necesita curas analíticas, sino el hombre normal, común, constreñido — muchas veces contra su voluntad — a admitir no ser perfecto como querría, pero tampoco tan limitado como a veces pareciera ser. El libro se propone tratar una cierta idea de la perfección, entendida como estado ideal de ausencia de límites. Por esto se dirige también a quien está encaminado en una “vía de perfección” como el religioso-consagrado o el presbítero, para que tampoco caiga en el equívoco y aprenda a servirse de su límite para realizarse plenamente.

El modo de tratar el tema es por lo tanto deliberadamente divulgable; se diferencia así del volumen precedente de esta colección, pero se refiere a él en cuanto a que los conceptos que expresa en modo más discursivo, encuentra allí una justificación científica y un detallado análisis. Quien haya encontrado *Psicologia e formazione. Strutture e dinamismo* demasiado árido, encuentra en esta segunda publicación ejemplos concretos más accesibles. Quien encuentre esta obra de Cencini demasiado divulgable, puede buscar los fundamentos teóricos en el volumen precedente. El lector es ayudado a hacer el pasaje del uno al otro mediante el uso de los términos que en los dos volúmenes se ha buscado mantener lo más similar posible.

A medida que el autor desarrolla su pensamiento, se notará que su horizonte va creciendo: de una perspectiva psicológica a una más religiosa, para llegar progresiva y explícitamente — en la tercera parte —, a una

precisa posición de fe. También esta metodología refleja el objetivo de la colección. De hecho, ser personas maduras significa vivir con la fuerza de las convicciones interiores que obran en el propio interior, más que ser dependientes de los precarios sustentos que nos condicionan desde el exterior. Y en esta solidez interior la búsqueda motivada de la fe encuentra no sólo su justificación sino también su ubicación ideal. Evidentemente el método no es apologético ni se trata de una invasión en ámbitos propios de otra ciencia. El psicólogo que entra en el sector religioso está legitimado a hacerlo porque, también en este caso, continúa el análisis con los mismos instrumentos psicológicos, como se ha procurado hacer en este libro.

ALEJANDRO MANENTI

Introducción

El Sínodo de los obispos de 1983 y la convención de la Iglesia italiana en la Pascua de 1985 han tenido el mismo tema: la reconciliación cristiana, vista en su aspecto principalmente teológico y sacramental de parte de los obispos, en su aspecto más propiamente antropológico-social de parte de los representantes de la Iglesia de Italia. Es muy significativa — a pesar de ser aparentemente casual — esta coincidencia temática: manifiesta el interés y la preocupación de la Iglesia por una disminución de la conciencia de pecado que pone inevitablemente en crisis — casi en una reacción en cadena — toda una serie de relaciones ligadas a tal conciencia: con Dios, consigo mismo, con el propio mundo de límites y debilidades de los demás, con la propia historia, síntesis de bien y de mal, pero donde el mal, cuando no se lo reconoce y no se lo integra, puede impedir y oscurecer la percepción del bien.

Por una parte ha desaparecido, y es un bien, cierto sentimiento de culpa, fruto de retorcidas replegadas narcisistas que no podían llevar a la experiencia del Dios de la misericordia pero, por otra, intenta emerger aquella conciencia penitencial que es signo a la vez de madu-

rez humana y cristiana y que se construye sobre la capacidad de reconocerse real y profundamente pecadores.

Se ha dicho que el hombre es más grande cuando sabe reconocer y aceptar su pecado.

La religión misma —según Newman— “está fundada de un modo u otro sobre el sentido del pecado”. Tanto más la religión cristiana, que predica un Dios rico en misericordia, que manda a su Hijo a la tierra no para los sanos, sino para los enfermos.

El mal forma parte de nosotros, lo experimentamos cada día de nuestra vida; espina clavada en nuestra carne, lo vemos alrededor de nosotros. Asume distintas formas y se manifiesta en varios niveles: fisiológico (la precariedad de la vida, la inevitable decadencia orgánica, la enfermedad, la vejez, la muerte), psicológico (nuestras inmadureces, incoherencias, infantilismos, de los que no somos siempre totalmente responsables), moral (el verdadero pecado, los egoísmos más o menos latentes, las exigencias del hombre viejo...). Es imposible ignorar el mal o presumir de vivir como si no existiese, o como si fuera solamente un incidente, algo ocasional y pasajero. Dado que se radica tan profundamente en nuestra existencia, se debe aprender a integrarlo.

La integración es un proceso psicodinámico complejo, mediante el cual el mal:

1. es reconocido e identificado con precisión en nosotros: descubrimos que forma parte de nuestro yo, lo aceptamos dándole un sentido;

2. lo experimentamos perdonado y nos experimentamos perdonados desde siempre y por eso tenemos la capacidad de perdonar: reconciliados con el mal nuestro y el de los demás;
3. en este punto, el mal se transforma y se transfigura lentamente: se convierte en ocasión de bien, debilidad de la cual “aprovecharse”, ámbito de la manifestación del poder del amor de Dios.

Son las tres fases mediante las cuales se articula la dinámica integradora del mal y son también las tres partes en que se divide el presente tratado. Queremos intentar comprender qué significa para nosotros en particular el pecado —el mal por excelencia—, en qué relación vivimos con él, como hombres y como creyentes y —en consecuencia—, con qué capacidad de integración sabemos aceptar nuestros límites también en otros niveles, fisiológico y psicológico. Aparece la duda sobre si tantos de nuestros estados de ánimo negativos (tristeza, desaliento, pesimismo) pueden estar ligados a una escasa capacidad de integración del mal.

La perspectiva en la cual nos colocamos es psicológica, de una psicología que reconoce el primado de la gracia y cree en la libertad del hombre; una psicología que sólo quiere dar su aporte para que nos dejemos reconciliar con Dios.

Primera Parte

Reconocimiento /
Aceptación

Es la primera fase. Se trata sobre todo de saber percibir positivamente el propio error, madurando en uno mismo una verdadera y propia conciencia de pecado, que va más allá del simple sentimiento de culpa. Reconocer y aceptar ser pecadores frente a Dios, frente a uno mismo y frente a los otros significa hacer un camino en el sentido de la percepción y de la maduración. No es un proceso espontáneo, ni inmediato, simple o fácil. Solamente a veces el hombre reconoce su propio error y, aun más raramente, lo experimenta como "pecado". ¿Qué nos impide ser sinceros con nosotros mismos? ¿Cuál es la diferencia entre el sentimiento de culpa y la conciencia de pecado? ¿Cómo hacer nacer en nosotros una auténtica conciencia penitencial? ¿Ser santos quiere decir ser perfectos, sin pecado? Estos son algunos de los interrogantes que buscaremos clarificar.

Capítulo Uno

La ilusión de ser justos

Sin asombrarnos, pero tampoco haciéndonos demasiado los ofendidos, debemos convencernos de una cosa: *vivimos una extraña relación con el mal*. Una relación que podríamos definir como de amor-odio. Sutil, y a menudo inconscientemente, somos atraídos y tentados por él, no queremos admitir nuestra falibilidad y nuestras tendencias, estamos atemorizados y recurrimos a mil y una estratagemas para quitarnos la impresión de haber errado, como si fuese una mancha infamante. Lo extraño es que todo esto sucede a menudo por un deseo auténtico de perfección. Y las consecuencias son graves: debido a este equívoco, a menudo somos llevados a minimizar nuestro error, a reducirlo a una simple transgresión o a una serie de gestos fácilmente identificables. Nos proclamamos pecadores, pero no nos sentimos profundamente tales, sobre todo si nos comparamos con otros, con los “pecadores” por quienes oramos. O al contrario, nos sentimos como desgajados por nuestro pecado, incapaces de reaccionar frente a algo que es más grande que nosotros y que destruye inexorablemente nuestros sueños de perfección. También en este caso nos

proclamamos pecadores, pero con una profunda desilusión y frustración, y también nos disgusta que haya otros mejores que nosotros.

Son solamente dos ejemplos que nos hacen comprender cómo funcionan en nosotros, consciente o inconscientemente, los *mecanismos de defensa*, cuya función es exactamente la de proteger nuestra estima personal, pero que en realidad nos impiden ser veraces con nosotros mismos (y con los demás) y, mientras nos ilusionan con ser justos, nos privan de la experiencia más rica y exaltadora que el hombre pueda tener, la de la misericordia de Dios. Veamos algunos de estos mecanismos.

1. La pretensión de eliminar el mal

Una primera forma posible de distorsión perceptiva en relación al pecado es la que determina la pretensión de *eliminarlo del todo* de nuestra propia vida. Se trata de una pretensión implícita, que difícilmente reconocemos ante nosotros mismos, que funda sus raíces en una necesidad presente en todo hombre, aunque de la cual difícilmente se habla: *la necesidad de omnipotencia*. Es un impulso que surge cuando la propia estima está amenazada por la constatación del propio error y, entonces, como viniendo en su socorro, nace esta pretensión infantil – de hecho rara también en nuestros ambientes – de simplemente “anular” la realidad del mal de nuestra vida.

La consecuencia inmediata es que el propio *yo* se divide en dos partes, una buena y otra no. Porque es

incómodo reconocer y cargar la parte negativa de sí mismo; progresivamente se la quita de ante los propios ojos y se la reduce al mínimo, mientras que toda la consideración de sí mismo se asienta sobre la parte positiva o presuntamente tal, en el intento de construir —y después defender—, una imagen solamente positiva de sí mismo. La conclusión a la que se llega es la de haber identificado y aislado finalmente al “enemigo” —se llame o no así al propio defecto predominante—, para poder agredirlo con todas las fuerzas, hasta hacerlo desaparecer del todo.

Pero es este justamente el equívoco, fuente de frustraciones, desperdicio de energías y depresiones que no terminan jamás. Porque el *hombre no podrá jamás eliminar totalmente el mal de su propia vida*. El mal forma parte de nosotros mismos y de nuestra historia, está inserto profundamente en nuestro corazón y en nuestros miembros. Es simplista reducirlo a algunos gestos y comportamientos erróneos, como si el resto de la personalidad pudiese permanecer exceptuada. Es de ingenuos considerar que se lo puede extirpar de tal modo que ya no se sienta su atracción.

Es importante comprender que esta presunción falsea nuestra relación de creatura con Dios. Aunque esconda detrás de sí propósitos de santidad y de compromiso apostólico, deriva en el fondo de una sutil ambición narcisista, que luego se descubre y traiciona por sus propios frutos. Y, sin duda, emprender esta lucha sin cuartel contra el propio mal, confiándose más o menos ciegamente en las propias fuerzas (la

propia zona considerada positiva), significa ir al encuentro de una amarga desilusión. El mal, que en realidad de ningún modo ha sido anulado, reemergirá con la misma fuerza y aun más, porque el sujeto ha utilizado un *método* (afrontar directamente el problema apoyándose sobre las propias fuerzas) y un *objetivo* (eliminar del todo el mal) errado en sí mismo y de hecho impracticable, no obstante el notable empleo —y desperdicio— de energía.

Con la desilusión llegará la *depresión y el resentimiento contra sí mismo, la intolerancia contra el mal de los demás, como proyección de la impaciencia contra sí mismo, y la manía perfeccionista, como remedio extremo para ilusionarse de estar en lo justo.*

Pero puede también suceder que el individuo, obligado a admitir la inutilidad de sus esfuerzos, pase del compromiso extremo a la falta de compromiso total. Es decir, de la pretensión de eliminar el mal de raíz, a la rendición incondicional frente a él.

2. La tentativa de ignorar el mal

Otra actitud falsa frente al pecado consiste en la tentativa, quizás inconsciente, de ignorarlo o minimizarlo. La persona simplemente relega al inconsciente la sensación de la propia negatividad. No se preocupa de identificarla “concentrándola” en una actitud personal precisa, para después combatirla con vehemencia como en el caso anterior. Como máximo experimenta una vaga sensación de inquietud, pero no se preocupa por eso. Es una persona tranquila, difícil de

Índice

Presentación	5
Introducción	9
PRIMERA PARTE	
Reconocimiento / Aceptación	13
CAPÍTULO 1	
La ilusión de ser justos	15
1. La pretensión de eliminar el mal	16
2. La tentativa de ignorar el mal	18
3. La obsesión de la culpa	21
4. La viga en el ojo	28
CAPÍTULO 2	
Verdadero y falso sentimiento de culpa	35
1. Culpa constructiva	36
2. Culpa destructiva	38
3. Cómo distinguir	39
4. Culpables para ser libres	40
CAPÍTULO 3	
Del sentimiento de culpa a la conciencia de pecado	41

1. "El Señor es el Altísimo" (Sal 47, 3)	42
2. "Dios de mi alabanza, no te quedes callado" (Sal 109, 1)	43
3. "Hice lo que es malo a tus ojos" (Sal 51, 6)	45
4. "Ten piedad de mí, que soy un pecador" (Lc 18, 13)	46

CAPÍTULO 4

Frente a la Palabra	49
1. Bajo la mirada de Dios	50
2. Luz para mis pasos	51
3. Espada de doble filo	52
4. El buen ladrón	55

CAPÍTULO 5

¿Examen de conciencia o de inconsciencia?	57
1. Motivaciones e intenciones	58
2. Sentimientos y emociones	59
3. Mente y conciencia	60
4. Corazón y sensibilidad	63
5. El bien no realizado	64
6. El mal comunitario	65
7. La mediación del hermano	66
8. Confessio laudis	67
9. El psicoanálisis del pobre	69

SEGUNDA PARTE

Perdón / Reconciliación	71
--------------------------------	-----------

CAPÍTULO 1

El perdón que nos ha creado	75
1. El perdón creador	75
2. Perdonados desde siempre	76
3. La fiesta del Padre	77

4. El dolor del hijo	78
5. La necesidad de reconciliación	81
CAPÍTULO 2	
El perdón que nos redime	83
1. Concepción reductiva	84
2. Falsa conciencia y falsas expectativas	85
3. El milagro del perdón	88
CAPÍTULO 3	
El perdón que nos reconcilia	93
1. Reconciliados con nosotros mismos	94
2. Reconciliados con Dios	97
3. Reconciliados con la vida	99
CAPÍTULO 4	
Ese perdón tan difícil	107
1. "Servidor despiadado..."	108
2. Instinto de violencia	109
3. Instinto de dominio	110
4. Necesidad de estima	112
CAPÍTULO 5	
Señor, enséñanos a perdonar	115
1. De la Misericordia a la misericordia	115
2. Perdón creador	116
3. Perdón redentor	118
4. Perdón de pecadores	120
CAPÍTULO 6	
El perdón en la comunidad	123
1. Corazón de la vida comunitaria	124

2. La parábola de la comunidad reconciliada	127
3. Gestos de reconciliación	129

CAPÍTULO 7

El perdón en la Iglesia	131
1. Reconciliación y estima de sí mismo	132
2. Reconciliación y verdad	135
3. Construir juntos la Iglesia	136

CAPÍTULO 8

El perdón en la sociedad	139
1. El mal social, una cadena enloquecida	140
2. Perdón y profecía	142
3. Perdón y martirio	145
4. La fuerza del perdón	148

TERCERA PARTE

Transformación / Transfiguración	153
---	-----

CAPÍTULO 1

“Me gloriaré en mi debilidad”	157
1. “Una espina en mi carne...”	158
2. “Para que no me envanezca...”	158
3. “Pedí al Señor que me librara”	159
4. “Te basta mi gracia”	160
5. “Fuerza en la debilidad”	161
6. “Me gloriaré en mi debilidad”	163

CAPÍTULO 2

Ayudarse mutuamente a llevar las cargas	165
1. “Él ha cargado nuestras culpas”	166
2. “Dame el gozo de ser salvado”	167

3. Una historia que se repite	169
4. El complejo de Atlante	171
CAPÍTULO 3	
Pero yo les digo que no se resistan al malvado	173
1. "Dejen que crezcan juntas..."	174
2. "Si uno te abofetea la mejilla derecha..."	176
3. Hijos del Padre celestial	180
4. "Bienaventurados los mansos..."	181
CAPÍTULO 4	
La corrección fraterna	185
1. "¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?"	186
2. La fuerza de la Palabra	187
3. La Palabra que libera	189
4. "Corrijanlo con dulzura"	190
CAPÍTULO 5	
La revisión de vida	195
"Confiesen mutuamente sus pecados..." (Sant 5, 1)	196
CAPÍTULO 6	
La muerte: Tabor y Calvario	213
1. Hermana muerte	214
2. " <i>Mors mea vita tua</i> "	216
3. Las pequeñas muertes cotidianas	217
4. En concreto...	219
5. La "mortificación"	220